

El Convivio

Roberto Brenes Mesén

Voces
del Angelus

Publicado por J. García Mong

San José de Costa Rica

Centro América

Se trata de presentar en EL CONVIVIO, composiciones no muy extensas y completas—consideradas como egregias en su género—de los buenos escritores de todas las naciones y épocas; en cuadernos portátiles y recomendables también por el esmero de la impresión.

Solicítense las entregas de esta serie al Editor. Ap. 533. San José de Costa Rica.

O búsquense en la Librería de don Jaime Tormo, frente a la Administración de Correos.

PRECIO DE LA ENTREGA: ₡ 0.25

PROXIMAS ENTREGAS

Dos discursos de Manuel Díaz Rodríguez.

Dos cuentos de Armando Palacios Valdés.

Un discurso famoso de Eugenio M. de Hostos.

Unas traducciones poéticas del Doctor Alfonso Delgado.

La Epístola a los Pisones, de Horacio.

José Martí: *Bolívar*.

El célebre Mensaje de Bolívar, presentado al Congreso de Angostura.

Parsondes y otros cuentos, de D. Juan Valera.

Poesías, de Carolina Coronado, escogidas y prologadas por D. Antonio Restrepo Gómez.

EL CONVIVIO

In angello cum libello.

(KEMPIS)

ROBERTO BRENES MESÉN

VOCES DEL ANGELUS



IMPRESA ALSINA

SAN JOSÉ. COSTA RICA, C. A.

1916

Índice

	<u>Pág.</u>
VOCES DEL ANGELUS.....	7
INQUIETUD.....	11
INSTANTE ETERNO.....	12
VISIÓN.....	13
LA SIMIENTE.....	14
LA PLANTA.....	15
LA FLOR.....	16
LA FRUTA.....	17
LA VOZ DE LA FUENTE.....	18
CREPÚSCULO.....	19
LAS DOS ILUSIONES.....	20
VOZ INTERIOR.....	21
EN LA SENDA.....	22
CAZADOR.....	23
LA AMADA.....	24
EL ANSIA BLANCA.....	25
PEREGRINO.....	26
NUNCA NADA.....	27
SERÁPHITA.....	28
LA SIEMPRE AMADA.....	31
¡OH BELLO ARCÁNGEL!.....	32
TRIUNFARÉ.....	33

	<u>Pág.</u>
EL FUEGO	34
LA PRUEBA DEL AGUA	35
LA PRUEBA DEL FUEGO	36
LA PRUEBA DE LA MUERTE	37
TORRES	38
MI BARCO	39
SPES	40
PRESENTIMIENTO	41
MENSAJERO	42
MEMORIA VISIONARIA	43
HACIA EL PARQUE DEL OLVIDO	44
ANTE BEATRIZ	45
AL ROSARIO DE AMADA	46
LAGO DE COMO	47
AMADO DEL ALMA	50

Voces del Angelus

Cuando vino a mí, con sus oscuros cabellos sueltos, traía ceñida a sus sienes y a su frente, una corona de azahar. En sus manos, pálidas como tejidas de mosquetas, portaba un joyero de mirra que puso junto a mí, sobre la mesa de roble. Alcé los ojos para mirarla y vi en los suyos dos flámulas profundas, más allá de las pupilas, en la negrura de un abismo de pensamiento, como y movible, a la manera de un mar ante las primeras palabras del canto estrellado de la noche. Su boca era armoniosa, como si nunca del fondo de su gruta hubiese brotado otra cosa que la onda serena y transparente de una melodía extraterrena.

Por primera vez llegaba a mí en actitud de tan severa majestad. Posó una de sus manos

sobre uno de mis hombros y me sorprendió su aliento de llama y de resinas. En ese instante miré mancharse su velo con una gota de sangre. Sentí como si repentinamente se hubiesen abierto más mis ojos y entreví bajo los blancos azahares, las espinas de naranjo hundiéndose en sus sienes y en su frente y en torno de su oscura cabellera. No pude decir una palabra, cerré mis ojos y la miré con más intensa claridad aproximándose para besar mi frente. Fué en ese instante cuando murmuró las cuatro únicas sílabas que le oí: Soy la angustia.

El filtro de su voz se vació en mi sangre y fué como una poción onírica que de pronto me levantó al ensueño. La teoría de las Horas desfiló por entre las columnas de los callados corredores de la noche. La amada convaleciente, vuelta a la vida, dormía. Alguna campana de la vecindad puso un tinte de Angelus sobre los asfodelos del silencio. Una melodía octosilábica se hizo oír en mi interior y desde ese instante, por espacio de unas tres semanas de convalecencia y de descanso, las Voces del Angelus me fueron traídas por el príncipe del Cuarto de Hora.

Hay una mística coloración crepuscular en

el conjunto de las voces. Las escuché en una cañada recóndita, ante el verdor de yedra de un antiguo monasterio, que una dulce tarde, a la hora del Angelus, descubrí en el fondo de mi alma.

R. BRENES MESÉN

Inquietud

Siento las ansias comprimidas dentro,
como la rama a florecer ya pronta;
siento bullir los pensamientos de oro
como los cantos de una ardiente alondra.

Hay un rumor de porvenir en mi alma,
como en el trigo un murmurar de espigas,
como hay en las bellotas enterradas
el futuro frescor de las encinas.

Hay mi sér una inquietud de ponto,
como una incubación de tempestades;
hay un ir y venir de pensamientos
como en el mar hay un hervir de naves.

25 de diciembre de 1913.

Instante Eterno

Tengo un tesoro escondido
en el santuario de mi alma;
es un ensueño vivido
bajo una tienda de palma.

Es una dicha encerrada
en el botón de una rosa;
si la buscáis, no halláis nada,
¡y está mi dicha en la rosa!

Es un trino entre palmares
de una dulce ave perdida,
es un recuerdo de azahares
de un instante de otra vida.

¡Tengo un tesoro encerrado!
¡Tengo una dicha escondida!
¡Es el recuerdo adorado
del resplandor de otra vida!

Visión

No sé aún si estoy despierto.
Vengo de un mundo de vida
donde nada existe muerto,
donde todo es luz divina.

Todo el Cosmos es un velo
de pensamiento y de idea;
y es la esencia de ese velo
Dios, que cuando piensa, crea.

Hilo a hilo el Universo
se bordó de pensamiento.
La materia es su reverso,
pero siempre es pensamiento,

7 de octubre de 1915.

La Simiente

Como la secreta fuente
de una linfa silenciosa,
una fuerza milagrosa
se ha escondido en la simiente.

Y cuando junto a ella siente
la humedad en que reposa,
en su seno tiembla y goza
con la vida del ambiente.

Como una invisible broca
la raíz cava en la roca
su despensa y sus pilares.

Y hacia un mundo nuevo lanza,
ante el mar y entre palmares,
el verdor de una esperanza.

Frente a Cuba, 18 de febrero.

La Planta

Es esbelta y se levanta,
ante el mar y entre palmares,
ataviada de collares
la inocencia de la planta.

Todo en torno de ella encanta:
son sus ramas, sus millares
de esmeraldas, los azahares
de su aliento, que es de santa.

Y como es su tronco glabro
se ve como un candelabro
ante un altar de zafiro.

Con el viento o con la brisa
canta, y toca, y armoniza
el placer con el retiro.

Ante un islote, 18 de febrero.

La flor

Pensamiento de la rama
que se teje en oro y seda
es la flor, donde se enreda
tímida la blonda llama.

Su color es una gama
de matices, donde queda
un destello de arboleda
que al mirar el sol se inflama.

Con los ojos hacia arriba
en la luz sus jugos liba
para el hada de su gruta.

Y admirada o escondida,
el esfuerzo de su vida
es para cambiarse en fruta.

En el mar, 18 de febrero.

La Fruta

Hay una hada diminuta
que trabaja noche y día
cincelando pedrería
en el fondo de la gruta.

Es el hada que trasmuta
la amargura y la acedía
en almíbar y alegría
para el alma de la fruta.

Y con el poder disperso
en la luz del Universo
planta un bosque en la simiente.

Es invisible sér en ella,
con el signo de una estrella,
se renueva eternamente.

En el mar, 19 de febrero.

La Voz de la Fuente

En la fuente que murmura
bajo el bosque del encanto
se oye a veces como un canto
de dulcísima ternura.

Es una Eco en la espesura
repitiendo un nombre santo,
es un dios bañado en llanto
de un amor sin amargura.

Todas las voces se sumen
en la voz del Sacro Numen
que se anuncia con la fuente.

Y al oír su pensamiento
el viejo bosque, todo atento,
con unción dobla la frente.

New York, 4 de febrero.

Crepúsculo

Lanzó al mar sus oriflamas,
al morir, el sol que adoro,
y ardió el sacro cuerpo de oro
tras el horizonte en llamas.

En un vuelo audaz de famas
anunciando algún tesoro,
van las nubes en un coro,
como en los antiguos dramas.

Tras el monte ha muerto el día,
y ya se oye la armonía
de la tarde que ora y canta.

Y arropada en el misterio
va la Noche a alzar su imperio
con una humildad de santa.

New York, 5 de febrero.

Las dos Ilusiones

Tras el alto promontorio
que domina el valle entero
baja ardiendo un sol de enero,
como argénteo espejo ustorio.

Todo el campo es oratorio
donde el Angelus austero,
al orar desde el otero,
ruega por lo transitorio.

Y de colina en colina,
con volar de golondrina,
va una paz dulce y serena.

Y tras el silencio santo,
es la noche una sirena
modulando un nuevo encanto.

Doz interior

Dondequiera están las huellas
de Tu vista y de Tu mano,
oh Señor del Oceano,
y Creador de las Estrellas.

En un rayo de luz sellas
siete veces un arcano
y es Tu rostro sobrehumano
el que está en las cosas bellas.

Es la divina armonía
de los mundos, noche y día,
Tu Pensamiento Infinito.

Y cuando el alma serena
se concentra, oye que suena
Tu palabra como un grito.

New York, 2 de febrero.

En la Senda

Ha venido a mí el contento
en la danza de las horas:
ya son treinta las auroras
en que ardió mi sufrimiento.

Saturado el aire siento
con la esencias de las floras
de las cimas veladoras
del Eterno Pensamiento.

A medida que he sufrido
me parece que he ascendido
hacia la divina lumbre.

Y que voy, sin una venda,
por la más enhiesta senda
a la más excelsa cumbre.

New York, 3 de febrero.

Cazador

No descansa, no descansa
ni un instante el atrevido
cazador que se ha perdido
sin la luz de una esperanza.

No le vence la asechanza
del cansancio, ni el aullido
de las bestias que ha ofendido
con su flecha o con su lanza.

Aureolado en luz de gloria,
no descansa en mi memoria
tu recuerdo cazador.

Y desnudo como Apolo,
el malvado piensa solo
en la luna de tu amor.

New York, 8 de febrero.

La Amada

Queda olor de primavera
en cuanto mi Amada toca:
crecen musgos en la roca
y hay alondras sobre la era.

Tras su paso, en la pradera,
al sonreír la yerba loca,
cada flor pone en su boca
una alabanza sincera.

Donde fija ella sus ojos
la quietud se hinca de hinojos
y se enciende en viva llama.

Siempre da y jamás recibe,
pone el alma en cuanto vive
y la Tierra entera la ama.

Salisbury, 13-14 de febrero de 1916.

El Ansia Blanca

Voy cruzando un mar rotundo
con la vela del deseo
de llevar hacia el Leteo
mi pasado en este mundo.

Cuando callo, pensabundo,
siento en mi alma el aleteo
de la luz del Padre Zeo
que ilumina el mar profundo.

Mi ansia vuela, como un ave,
desde el mástil de la nave
al peñón de la ribera.

Y por sobre el mar en calma
blanca vuelve, blanca a mi alma,
bajo un sol de primavera.

En el mar, 18 de febrero.

Peregrino

Como en dulce cautiverio
de palomas, la armonía
de la tarde padecía
en redor del monasterio.

Con acentos de salterio
una voz, que parecía
llorar de melancolía,
veló el bosque de misterio.

Cesó de reir la fuente,
y la tarde, reverente,
se postró ante el Peregrino.

Y hubo entonces como un vuelo
de potestades del cielo
saludando un Sér Divino.

New York, 9 de febrero.

Nunca Nada

¡No le dije nunca nada!
¡Ni podía, ni debía!
Se ha cifrado mi alegría
en que se sintiese amada.

A mi lado fué como hada
que trajese una armonía
y un encanto en su sombría
cabellera enamorada.

Y corrió en callado río
todo el pensamiento mío
por el valle de su sombra.

Fué mi amor velo a su espalda,
mi constancia su guirnalda,
mi silencio fué su alfombra.

New York, 2 de febrero.

Seráphita

Jvy

I

Es la sangre de las rosas
la que fluye por sus venas,
su blancura de azucenas
mancilló las tuberosas.

Arden llamas luminosas
en sus pupilas serenas,
y sus voces están llenas
del secreto de las cosas.

De lo arcano su alma sabe:
¡si ha cruzado como un ave
a través de un sol divino!

Y es su hablar sagrada fuente
que ha empapado el recipiente
de mi alma con su vino.

New York, 18 de febrero.

II

Oh Seráfita adorada
que has venido a mi camino
como luz y como sino,
al concluir de mi jornada;

Sabia y bella como un hada,
con encanto peregrino
escanciaste en mi alma el vino
que me reveló mi nada.

Al sumir mi pensamiento
en tu imagen, siempre siento
tu presencia bienhechora.

Contemplando tu cabeza
mi crepúsculo, que empieza,
vuela en fuego hacia tu aurora.

III

 Mi pobre alma, en ciencia exigua,
se ha llenado de ternura
al probar que es tu alma pura
insondablemente antigua.

 Nada inquiere ni averigua,
y es seráfica escritura
que toda arte y ciencia apura
sin una respuesta ambigua.

 Es tu mente una cascada
por donde se vierte en río
tu profundidad amada.

 Y aunque me parece santo
todo en tí, yo siento el frío
de tu abismo y de tu encanto.

La siempre Amada

Ya la fiesta de mi boda
con la Amada está concluida;
a la suya até mi vida
y a su amor mi dicha toda.

Con la inspiración de una oda
me ha explicado cómo anida
la palabra conmovida
de Jesús en la pagoda;

Cómo, en la capilla muda,
la divina voz de Buddha
habla de misericordia.

Y en la villa o la caverna
me enseñó a adorar la eterna
Ley de Amor y de Concordia.

Entre Fila. y Wásh., 13 de febrero de 1916.

¡Oh bello Arcángel!

Como un astro enrojecido
ante el limpio altar del día,
así el sol del alma mía
ante tu ara está encendido.

He triunfado del olvido
de tu amor, que me invadía,
y mi vida, antes sombría,
ave es de sol en su nido.

Tu existencia refulgente,
como estrella del Oriente,
será luz en mi camino.

Y mientras no surja el ángel
en mí mismo, oh bello Arcángel,
Tú serás mi yo divino.

New York, 8 de febrero.

Triunfaré

Al final de la jornada
que ya tengo recorrida
me parece que en mi vida
realicé muy poco o nada.

La tormenta encadenada
a la mar embravecida
es la imagen de mi vida:
vigorosa, pero atada.

Ya mi noche se aproxima
y yo ignoro si a la cima
de mi ensueño alcanzaré.

Mas si tú, divina senda,
me conduces a la tienda
de mi Guía, triunfaré.

New York, 18 de febrero.

El fuego

Zarathustra, el hierofante,
me enseñó a adorar el fuego,
a sentir un sacro ruego
en la luz de un sol levante.

Y en la hoguera del Atlante
Continente solariego
se mostró a mí un dios, y ciego
me quedé desde ese instante.

A través de las edades
vi viajando las verdades
en el oro de la llama.

Y en el Cáucaso o en el Ande,
sentí siempre que algo grande
en el Fuego piensa y ama.

New York, 2 de febrero.

La Prueba del Agua

El dolor hizo aposento
en mi cámara secreta;
mi agonía oró, discreta,
sin que se oyese un lamento.

Cuando el ángel del tormento
vistió a mi alma la bayeta,
amé el ser anacoreta
sin ningún remordimiento.

E invoqué la paz del cielo
con el más ardiente anhelo
que jamás sentí, ni he visto.

Y de pronto, sobre el manto
de agua amarga de mi llanto
vi cruzando al dulce Cristo.

La Prueba del Fuego

Se incendió el pinar entero
de mi juventud pasada;
fué como un castillo de hada
sobre el oro de un brasero.

Entre llamas, sin sendero,
mi pobre alma desolada
se lanzó a correr, llevada
por algún poder austero.

Ante el resplandor del fuego
elevó hasta Dios un ruego
y cayó de hinojos, muda.

Y de pronto, entre dragones,
sobre llamas y carbones,
vino hacia ella el manso Buddha

En el mar, 21 de febrero.

La Prueba de la Muerte

En el fondo del santuario
ante el ara, el hierofante,
desplegando mi turbante
me lo puso de sudario.

Escancióme el electuario
de los sueños del amante
y aspiré un postrer instante
el olor del incensario.

Por amar a una princesa
de Philáe impúsome esa
prueba horrible el Jefe interno

Y al morir, como devoto
de Isis, vi nacer un loto
blanco en mi alma, siempre eterno

New York, 4 de febrero.

Torres

Erigieron santas manos
una torre en Babilonia;
la elevaron en la Jonia,
la admiraron los romanos.

Fueran Indios o Africanos,
y ya en Creta o Patagonia,
dondequiera una colonia
alzó torres con sus manos.

Aunque con diversos nombres,
son los templos que los hombres
levantaron hacia el cielo.

Porque su alma, en ansia santa,
por las torres se levanta
en un rapto ideal de vuelo.

New York, 18 de febrero.

Mi barco

El navío anclado al puerto
revelóme el fin de un viaje:
todo es sombra en el paisaje
con silencio de desierto.

A lo lejos, el incierto
movimiento del oleaje,
va arrullando en el paraje
el callado barco muerto.

Fué mi cuerpo aquel navío
deslizándose en el río
tumultuoso de la vida.

Leve el ancla el barco, pronto
a lanzarse sobre el ponto
en una inmortal partida.

New York, 5 de febrero.

Spes

«Perdí mi fuerza y mi aliento,
mis amigos, mi alegría;
he perdido aun la energía
que hizo creer en mi talento».

Nada inspira en mí contento;
por la avenida sombría
de mortal melancolía
voy sin luces y sin tiento.

Una tumba es mi esperanza,
y un silencio en lontananza
para mí será consuelo.

Y muriendo aquí en olvido
buscaré otra vez el nido
de tu espíritu en el cielo.

New York, 31 de enero.

Presentimiento

He dejado allí mi nombre
estampado sobre arena.
¿Qué más quiere un alma buena
que no ansía ya el renombre?

Si no tengo quien alfombré
con laurel o con verbena
los senderos de mi pena
¿soy por eso menos hombre?

Para unirme a lo que aspiro
buscaré un final retiro
que me sirva de morada.

De quererlo sólo, siento
las gardenias de Su aliento
y el amor de Su mirada.

Filadelfia, 12 de febrero.

Mensajero

Soy oscuro mensajero
en mi patria, sin mayores;
yo no tengo antecesores
que me den aire altanero.

Soy apenas caballero
que apadrinaron señores
en virtudes superiores
de quienes fui yo escudero.

Y pues fui escudero y paje
leal, se me fió un mensaje
del Señor que aun sirvo y amo.

Y no es un recuerdo acerbo
el saber que yo fui siervo
del Maestro que es hoy mi Amo.

En el mar, 19 de febrero.

Memoria Visionaria

Aún reposa su cabeza
de marfil que amamos tanto
en nuestra alma, sobre el manto
que ha tendido la Tristeza.

La Memoria, que es Princesa
coronada de amaranto,
abatida, ahogada en llanto,
en silencio sufre y reza.

La Memoria visionaria,
a la luz de una plegaria,
mira aún al dulce Amado.

Y ve el alma en sus jardines
enflorados de jazmines
que es presente aquel pasado.

Heredía, 11 de marzo de 1916.

Hacia el parque del olvido

Por encima de la senda
de mi vida tú pasaste,
como aroma de una ofrenda,
como arco iris de la tarde.

El recuerdo de esos días
encendidos en amor
sobre el cielo de mi vida
será siempre un rojo sol.

Y será como arboleda
junto a un río tu memoria,
donde habrá voces de seda
recitando nuestra historia.

¡Se fugaron esas horas
hacia el parque del olvido!
¡Se agostó esa dulce historia
como blanca flor de estío!

Ante Beatriz

Derramé sobre la Ciencia
todo un cántaro de vida;
una lámpara encendida
fué ante el Arte mi conciencia.

Del raudal de mi paciencia
la mitad dejé vertida
en la arena florecida
de una effmera sapiencia.

Luego, al madurar el día,
se hundió en la Filosofía
toda mi ansia de estudiante.

Y hoy, al fin de la carrera,
postro mi alma en primavera
ante la Beatriz del Dante.

New York, 3 de febrero.

Al rosario de Amada

Sagrado talismán de cuentas blancas
que velas en el lecho de la Amada
con el fervor de un Angel de la Guarda,
acércate y derrama
el olor de tus rosas en mi alma.

Yo quiero que tú viertas en el vaso
de mi mente la esencia de ese ramo
de serena piedad que es como un canto
que la Amada levanta a su Adorado
en tu presencia, talismán sagrado.

Me dispongo a dormir bajo tu guarda,
como cabeza de ave bajo el ala,
sagrado talismán de cuentas blancas;
ruégote que me dejes en el alma
el olor y la unción de su plegaria.

Heredia, 27 de setiembre de 1915.

Lago de Como

Toda la melancolía
de un amor no comprendido,
toda la alegría
del que escondió un dolor en el olvido,
rosales de memorias,
dulces enredaderas
de ensueños y de glorias
me llegan en la fresca melodía
de ese Lago de Como
que tus manos piadosas
van regando en el ambiente,
como se vierte el pomo
del aroma de las rosas
sobre las invisibles cabelleras
de la noche que piensa,
de la brisa que siente.

No me llega del lago de Italia,
mas del lago del alma me viene,
con un dulce perfume de azalia,
un recuerdo de amor que me hiere.

Era una barca de ensueño
con remeros de ilusión;
era una ansia, un hondo empeño
de alcanzar su corazón.

Adiviné algo secreto
en el fondo de aquella alma,
como un rumor en un huerto
cuando todo se está en calma.

«No le diré una palabra,
buen amigo, que amo tanto;
cuando el fruto amargo se abra
sabrás usted de mi quebranto!»

Y mirando mi sonrisa,
burla y pregunta en compendio,
bajó la frente sumisa,
puso en su rostro un incendio.

Besé sus dagas de rosa
y en los labios no me hirió;
mas por arte milagrosa
una luz en mi alma ardió.

Vi el fulgor de su secreto
como un relámpago en mi alma;
dulce fruta en propio seto,
en la mía estaba su alma.

Y su hermana vino al piano,
—bella hermana que no existe—
y cruzó bajo su mano
esa melodía triste.

El bello *Lago de Como*
es desde entonces fragancia
que se vierte en mi sér como
un pomo azul de esperanza.

Toda la melancolía
de un amor no comprendido
fluye en esa melodía
que jamás daré al olvido.

En mí habrá un reflejo vago
de lo que mi alma no alcanza,
como en la orilla de un lago
santo jardín de esperanza.

Amado del Alma

Por todos los senderos
de esta callada selva
pasar te he visto, ¡Amado
del Alma, a quien venero!
Por doquiera el encanto
de tu sombra se queda,
como el fulgor de un astro,
ardiendo en la arboleda.
Te busco, y si te encuentro
te sigo y no te alcanzo;
mas el haberte visto
pasar, aun a distancia,
es dulce recompensa
a mi alma que te inquiere
para tenderse entera,
como florida alfombra,
a recibir tus pasos
y recoger tu sombra.
Por todos los senderos
de esta callada selva
te voy siguiendo, Amado

Maestro de mi vida,
para tenderme un día
delante de tus pasos
como un riachuelo puro
que canta de alegría
sintiendo en sus riberas
un rumor de palomas
y un temblar de palmeras.



PUBLICADO

Alberto Gerchunoff: *Nuestro Señor Don Quijote*. Con
una Introducción de F. García Calderón.